

BREVE EPÍSTOLA INTRODUCTORIA

Mi dilecto Waito Biatoro (tu nombre por mí estilizado en el fragor de escaramuzas periodísticas):

He preferido dirigirme a vos, y no a tus lectores; en primer lugar, porque a ellos no los conozco, aunque puedo imaginarlos, y, luego, porque sos el primer interesado, por el momento, en enterarte de una inicial impresión sobre tus relatos, cuentos, cuenterailes (y otros cuenteretes) de parte mía.

De lo que se trata, en este caso, es de introducir a otros, o introducirme yo mismo, hasta donde quepa, en los sucedidos o aconteceres que referís, a manera de preparación o prevención al lector, ante escenarios imprevisibles, pero en los que casi cualquiera puede verse envuelto o expuesto, con o sin su voluntad.

Me gustaría ir al meollo, Wayito Biatoro, pero sucede que en la lectura de una treintena de textos diversos, tipo miscelánea y variada temática, nos encontramos con cuentos hechos y derechos, anécdotas reales o fingidas, chistes a lo Don Chevo, casos debidos al acaso, ocurrencias que ocurren en el terruño evocado... y entonces lo esencial se haya disperso y atomizado, a modo de una exposición de

cuadros en los cuales se esboza a una sociedad abigarrada, pluri y multi en todos sentidos, como los guatemaltecos.

Te propusiste no espantar ni turbar el ánimo del lector; mas bien, con el fin de que duerma tranquilo y que no tenga pesadillas inducidas –ya bastante tenemos con las notas rojas y/o políticas en los diarios y noticieros–. Al contrario, tus textos son digeribles y digestivos, de entretenimiento *sano*, de heterogénea gama, sin escabrosidades ni truculencias al uso, porque para estar a la altura de los tiempos, según cierta perspectiva efímera, en complicidad con el mercado o la oferta y la demanda, hay que darle de beber sangre caliente al leyente, convertirlo en coautor de asesinatos en serie y de la más incestuosa pornografía, con ribetes voyeuristas y onanistas.

Por cierto, tal como me lo imaginaba, aflora la diversidad de lances y andanzas del mentado Romualdo, ese que, entiendo, es tu ego alternativo; ese ubicuo, multifacético, milusos, multiforme y talla única; personaje que vive introduciéndose, también, en los zapatos, botas, tenis y caites de casi toda la flora y la fauna con apariencia humana, cumpliendo así, lúdicamente, con el aserto goethiano de que nada humano le es ajeno. Aunque después de la parranda en que se vio envuelto, con añadidura de un zapato en calidad de cuerpo de delito, comprendo que Romualdo todavía anda curándose de las infringidas escaldaduras conyugales, pero aun así está para nuevos y pecaminosos trotes, de la índole que fuere, como se demuestra en el libro, aunque se escabulle en una par de cuenteretes.

Sin menoscabo alguno de tu narrativa, el lenguaje que usás es el convencional, sin complicaciones

estilísticas o experimentales, de fácil lectura y asimilación, con visos de la tradición picaresca chapina, en lo que lo anecdótico, el hecho curioso o suceso incidental, adquiere igual relevancia que las palabras utilizadas para relatarlo, y que cabe en la sociología urbana guatemalteca. O sea que relato y relator van de la mano; con objetividad, podría decirse.

Sin otro particular, por el momento, mi bienquisto e inquieto Wayito Biatoro, aquí la corto por lo sano.

René Leiva
Enero de 2008